Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 20 Article 9

1984

Susana, mejor no imagines

Luis Domínguez

Citas recomendadas

Domínguez, Luis (Otoño 1984) "Susana, mejor no imagines," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 20, Article 9.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss20/9

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

SUSANA, MEJOR NO IMAGINES

Luis Domínguez

Esa noche, Susana regresó más tarde que de costumbre. Aún caminando por las calles familiares, el silencio y la soledad la sobrecogieron. Una vez se volvió para mirar las luces de la parte baja de la ciudad. Observó el relumbre en el cielo sobre los edificios. Escuchó aquel rumor suave, distante. Entre tal sector y ella se extendía una amplia faja oscura, en reposo. Oyó ladridos contestados de inmediato. Se le ocurrió que era la hora en que los perros perdidos y solitarios buscaban el diálogo. Una incisiva pesadumbre comenzó a espesarse en ella. Como nunca sintió deseos de correr, que por un acto de magia se le evitara ese trayecto. Antes no era tan hondo el silencio en estos lados. Tuvo mucha urgencia por estar ya en brazos de Basilio. Voluntariosa se impuso calma. La serenidad le resultaba ahora valiosísima. Con el cambio de gobierno se esfumó la convivencia fácil. Pronto, como en un cuerpo herido, donde estaban viejas espontaneidades se había impuesto la cautela. Susana apresuró los pasos, nada más.

Al ver su casa muy pálida y sombría entre árboles negros casi se detuvo. Quería decir que Basilio todavía no llegaba. Pero ¿qué podía hacer? ¿Ir donde un vecino porque particularmente esa noche no quería estar sola? Aprensiva, escuchando sus pisadas, anduvo los pastelones de la entrada. Después de todo, seguía bueno el aroma vegetal en torno. Sacó la llave; sin controlar el temblor de sus manos, abrió la puerta. El habría salido a recibirla, dejando su tarea cualesquiera que esta fuese . . . Con mayor razón en estos tiempos difíciles.

«Basilio . . . , Basilio», llamó, más por necesidad interior que buscando una respuesta. Dio la luz antes de cerrar la puerta tras ella. Habían pensado que podría uno faltar en la noche, porque se le hizo tarde para el toque de queda. En tal eventualidad no debían suponer nada malo ni apresurar conclusiones. Susana no se apresuró ni supuso: prefirió creer que era únicamente retraso, cuestión de minutos. Recordó más bien las veces en que él la aguardaba temeroso. Lo notaba luego, cuando venía a su encuentro, aliviado, libre de la tensión que su tardanza le ocasionaba. Sentía el abrazo de él más fuerte. Halago, empañado por un poco de culpa. «Es agoísta de mi parte, pero siempre confío en que tú estás.» Basilio sonreía: «Mejor así.» Imaginar la pérdida es un ejercicio mental útil para no dar por hecho el amor que se vive; si la pérdida del otro es probable, una se resiste al ejercicio. Entonces queda en evidencia la hipocresía de esos juegos. Susana temía por él. Ambos sabían que era más razonable temer por él que por ella. Eso también había cambiado respecto al tiempo anterior, cuando, de noche, corría más riesgos una mujer que un hombre. En la mayoría de las ciudades del mundo continuaba siendo así. «Pero, ¿por qué podrían tomarte preso?» «No sé, es difícil saber, uno suele enterarse al comenzar el interrogatorio bajo tortura.»

«Basilio», dijo apenas. Quedó suspendida escuchando. Sentía otra presencia, un olor de hombre distinto. Miedo frío se extendió por su cuerpo. Avanzó unos pasos por la sala de estar. Tenía debilidad en las piernas. En el sofá tomó asiento. Estaba alerta, con ese bullir menudo de la sangre en sus oídos. Si debía fiarse en alguno de sus sentidos ese era el olfato. Un olor si, un olor acre, mezcla de sudor, ropa y comida. Añejez reciente . . . o añejez permanente. Es un olor vivo, olor que está viniendo. Ningún ruido; ni siquiera un chasquido. Alguien estuvo, tal vez un amigo de Basilio. Pudieron haber pasado juntos a mediodía. Un olor extraño significa poco. Falta de ventilación, desde luego. Bastante hediondo este amigo de Basilio. Pobre hombre, quizás es de esos que se bañan sin esperanza, porque de todos modos huelen mal. Un tipo grasoso . . . Susana estaba reaccionando contra la morbidez de aquella súbita sensación de abandono. Se levantó e irguió en si misma, como cuando se aprestaba a entrar en la oficina de un jefe para conversar algo serio.

Fue hacia la cocina. Dio la luz con la mirada fija en la puerta que comunicaba con el patio. Le pareció que alguien acababa de cerrarla, un hombre que oyó sus pasos aproximándose. No, no había tal: la puerta estaba cerrada por dentro con llave y pestillo. El pestillo nuevo, poco menos que una barra. Días atrás lo puso Basilio. Reemplazó al antiguo que era de los corrientes. Cuando una está asustada cualquier crujido es de pasos, todas las puertas parecen recién cerradas . . . , o recién abiertas. Una es Caperucita Blancanieves en el bosque, la noche tiene ojos . . . Nadie había cocinado desde el desayuno. Susana permaneció de pie, compuesta, rígida. Soy tan miedosa. Se creería que hay una muchedumbre invisible alrededor mío cuyo único empeño es aterrarme. Una muchedumbre de hombres, por supuesto. La mitad de la casa iluminada le trajo tranquilidad y reflexión. ¿Quién habría querido salir hacia el patio? Un ratero correría huyendo, un agente la habría enfrentado golpéndola . . . ¡Basilio, Basilio, llega de una vez!

Cuando niña dormía de espaldas para alcanzar a ver y esquivar al que tratara de apuñalarla. Si dormía boca abajo tendría menos posibilidades de escapar. El que iba a matarla sería un hombre. ¿Por qué siempre un hombre? ¿No evitaba a los hombres al caminar por un callejón oscuro? Pasaba a la vereda del frente, sin aspavientos, como quien no quiere la cosa. Pero ¿cómo no? Ahora no camino por callejones oscuros: doy un rodeo. Si hasta hay profesores, compañeros de Basilio, en quienes no debo confiar. Uno aprovechó la soledad de un ascensor para besarla en la boca por la fuerza; otro ahí mismo, en la cocina, mientras ella preparaba comida, vino furtivamente, la abrazó desde atrás y empezó a besarla en el cuello. Ella se safó confundida y dijo: «¡No seas estúpido!» ¿Qué más podría haber hecho? Escándalo una hace cuando el atentado es en la calle y proviene de un desconocido. Esa era gente civilizada. Una supone que saben contenerse. «Sátiros de la academia», los llama Basilio. En fin, pequeñeces, pequeñeces un poquito traumáticas. Lo de ahora es el gran trauma. Diariamente muere gente de un modo violento o desaparecen sin saberse más de ellos. Ha tenido pesadillas en las que Basilio

es asesinado; ella lo halla en la morgue entre otros cuerpos. No hay que abandonarse a tales fantasmas, es falta de entereza. Se le ocurrió que así estaba llamando a la desgracia. Basilio alegaba: «Tú no llamas a ninguna desgracia. Después de todo han caído amigos y conocidos. La desgracia está instalada en este país.» Conforme, conforme, y cansa horriblemente el sistema nervioso. ¿Por qué no vienes, Basilio, entonces?

Persistía en ella la sensación de un elemento extraño. Ese olor no se iba. El aire de la casa había cambiado; ya no olían bien sus cosas. Es como si estuviera extendiéndose por oleadas. Fue al dormitorio: la cubrecama estirada, todo en aparente orden. Basilio también teme por ella. La llama por teléfono más a menudo. «Sólo para conversar», dice él. Pero antes no lo hacía con tanta frecuencia. Basilio diría: Es que ahora estoy más enamorado de tí, Susana. Basilio la mal acostumbra a una. Suele ser tan difícil la excesiva dependencia de la ternura del otro. Todas las mujeres deberían nacer teniendo una hada madrina . . . , o un ángel de la guarda más explícito. Al menos con una buena dosis de eficientes frases cabalísticas. Se sentó en la cama, junto al velador. Tonterías, hay que tener fe. Susana ansiaba ser fuerte, que nada la amedrentara. Pero no, soy miedosa. Nunca ni Basilio podría saber cuánto espanto siento a veces. Una cree que no puede más . . . , pero puede.

Tomó el auricular del teléfono. Estaba sin sonido, sin funcionamento; parecía desconectado. En la mañana había estado normal. De nuevo sintió frío; le flaquearon las piernas. No quiso agacharse a examinar el cordón y el enchufe del teléfono: habría tenido que dar la espalda a la puerta. En esa semana llamaron dos veces a medianoche. El que llamó no decía nada. Basilio colgó y él volvió a llamar. Basilio repitió: «¿Quién llama?» Sólo se oía una música, la música de la radio o tocadiscos en el cuarto de quien llamaba. Basilio colgó y él llamó otra vez. Sonaba la música. Es imposible saber cuántas veces lo mismo. Así estuvieron, colgando y el otro llamando, hasta que Basilio descolgó el auricular y lo dejó ahí encima de los libros del velador. Después nos quedamos horas cogidos de la mano discurriendo sobre qué mente enferma planeaba aquello. La segunda vez fue peor: mostró deliberación. «La broma es definitivamente conmigo», dijo Basilio. Lo curioso es que luego nos dormimos más rápido que la primera vez, como si cualquier confirmación o certeza tranquilizara. Un informante confidencial contó a Basilio que era la manera como los agentes avisan que te vigilan. Tendrías que cuidar más tus acciones y expresiones. Fuera uno a saber cómo debía cuidarse. No llamarían por tercera vez. Si habían decidido advertir sin arrestarte no era tan angustiosa la situación. Para otros no existe ese paso. Pero, ¿quién sabe lo que han decidido? El hecho que optaran por intimidarte así sugiere que respetan tu integridad física. Eso seria atribuirles un procedimiento del que no hay evidencias. Conjeturas, tan sólo conjeturas, ¿y quién podría estar seguro de algo? Ni ellos mismo saben, quizás. Basilio la tomó por los dos brazos: «¿Cómo podríamos vivir sin cálculos optimistas?» A

Susana se le nublan los ojos. Sí, que respeten o, mejor, toleren tu integridad física puede ser un cálculo optimista.

Examinó el cordón y el enchufe: ninguna mano extraña ahí tampoco. Le constaba haber pagado la cuenta. No obstante, los errores de la compañía son de ordinaria ocurrencia. Sencillo, aunque no por eso una siente menos aislamiento. Hacía veinte minutos que había llegado; faltaban otros veinte para el toque de queda. Mejor ir haciéndose la idea de dormir sola. Bastarse con el soliloquio no es experiencia nueva al fin y al cabo. Sin embargo, ¡aquel desamparo! Esta fetidez humana arrincona, hace inhóspita la casa. Debería rociar agua de colonia por todos lados; hervir hojas de eucalipto; quemar incienso, si lo tuviera. Me temo no haya conjuro ni exorcismo que opere. Basilio, ¡qué largo es cada minuto así!

Susana se puso de pie vacilante. Anduvo hacía el baño. En un mismo acto abrió la puerta, dio la luz. Avanzó una mano que corrió de golpe la cortina de la ducha. Sintió en la cara el aire frío. La ventana estaba abierta a medias. Nadie entró ni salió por esa rendija. Habrá quedado así por olvido. Se envalentonó, como si la decisión con que entró al baño le diese ánimo. Podría luchar con alguien si fuera necesario, hasta con un hombre macizo. Quizás quedó así la ventana cuando salió el hombre. No pudo cerrarla bien desde fuera o salió apurado. Bastaría con ir al exterior y examinar la hierba. Así haría un detective privado. Saldría de dudas al momento. Ella prefería no aventurarse en el jardín oscuro. Tal vez hubiese un hombre afuera vigilando sus movimientos, adivinando su ansiedad. Desde la vereda del frente habría observado complacido el paulatino iluminarse de la casa. Ahora él aguardaba su momento que debería ser tras el toque de queda, ella irremediablemente sola para la noche. Susana fue a mirar por las ventanas del frente. No **vio** al hombre: la calle, el farol, una quietud y silencio sobrecargados, como en un cuadro . . . Magritte. «Las calles solas de día son de Edward Hopper; de noche son de Magritte», decía Basilio. Vine caminando por esa calle. Estoy en esa faja negra de la ciudad en reposo, aunque encienda luces y me mueva de un lado a otro. Se figuró su casa, ¿cómo se vería a esas horas tan iluminada? Le sonaron dos versos de Gabriela Mistral:

Un pobre amor humillado
arde en la casa que miro.

El fulano aquel no estaría a la vista. Era conveniente apagar algunas luces; bastaría con dos o tres lámparas de luz baja. De nuevo percibió el olor desagradable. ¿Por qué persiste si la ventana del baño quedó abierta? ¿Cómo no se ha ventilado la casa? Esto no es un simpleolor humano. Además viene por ráfagas. Es un tufo enorme, un monstruoso mal aliento que cae en ondas. Lo va penetrando todo, impregna superficies, como una lee que fue el gas en la guerra. Con gesto de asco olfateó en torno. Si, sí, en el escritorio, ahí era más fuerte! Cómo no haberlo pensado. Se detuvo junto a la puerta cerrada.

Abrió apenas: la calma oscura y malolienta embargó a Susana de temores insoportables. Tuvo que dar la luz. ¡Dios mío! ¡Cómo pudieron tratar así a los libros!

Era un caos de libros botados de sus estantes. El destrozo había sido con saña. Se veía libros finos, hechos encuadernar expresamente, ahora pisoteados o descuartizados. Otros, en los extremos de la pieza, abiertos boca abajo, mostraban que se les lanzó con furia. Había gran cantidad de páginas arrancadas y libros partidos en dos. Ninguno parecía escapado del maltrato. Los estantes estaban vacíos.

De rodillas, sentada en sus talones, lloraba Susana. Con intermitencia brotaba de ella un gemido animal desproporcionado a su suave contextura femenina. Este era ronco, fiero; al emitirlo, su cuerpo entero se contraía crispado. Provenía sin duda de la trastienda de su interioridad y parecía estar consumiéndola.

Cesó de llorar y, en la misma postura, empezó a limpiarse la cara con un pañuelo. Se sonó sin ruido. Con los ojos angustiados, muy abiertos, se quedó ahí. Basilio lee tanto, pero además quiere a los libros como objetos. Es una lástima terrible esto que han hecho. Sus manos se transfiguran cuando toma los libros. También se transfiguran conmigo sus manos, pero entonces una no las ve . . .

Ahí la halló Basilio al entrar: hincada en la puerta del escritorio, sentada en sus talones. El vino por detrás y la tomó de los hombros. Susana supo en el acto que era Basilio. Se levantó volviéndose. Encogió los hombros y se dejó consolar abrazada.

—Lo siento mucho, Basilio.

—Animo.

—Es horrible ver esto . . . Creí que ya no llegabas esta noche. —Toda la tarde estuve pensando en venirme. Traté de llamarte . . . —No tenemos teléfono. ¿Cerraste bien la puerta? —Por supuesto. Pero no deberíamos tener tantas luces encendidas. Llama la atención.

—Apenas entré sentí este olor tan desagradable y tuve miedo . . . —Tu olfato inverosímil. —¿No lo hueles? —Algo, poco.

—Es porque fumas. Este olor podrido me tenía loca . . . ¡Tus libros! ¿Qué haremos? —Salir de aquí. —¿Ahora?

—Mañana temprano. Desde luego voy a apagar algunas luces. Susana permaneció de pie, afirmada en el marco de la puerta del escritorio. Basilio apagó todas las luces, salvo una lámpara de esa pieza. Luego se dio a la tarea de componer de algún modo sus libros. Compungido, iba recogiéndolos; rehaciendo su hechura original. Maltrechos pero arreglados los devolvía a su lugar preciso en los estantes. Susana lo miró hacer. Luego, sin resignarse, resistiendo la aflicción melancólica, también comenzó a restaurar libros. Ambos levantaban los libros como si se tratara de pájaros heridos. Basilio mostraba circunspección, parsimonia. Parecía estar muy concentrado en otros asuntos. Asimismo ella tenía buenas manos para los libros; era aún

más minuciosa que él. «¡Ay este pobre!», se lamentaba. Al descubrir los estragos en un libro favorito de Basilio, emitía solo un quejido de dolor físico. Miraba hacia él y hasta el cuidado de sus manos expresaba condolencia. Ese libro volvía al estante una vez que ella lo había acariciado largamente. Basilio sonrió a ella y se detuvo:

—Mejor dejemos los libros en el suelo.

—¿Por qué?

—Si vuelven a entrar, de nuevo los dispararían para todos lados. —Y en el suelo los patearían.

—Menos probable. Podrían creer que no los hemos visto aún, que no hemos regresado a casa . . .

—Sólo ellos dejan así los libros por gusto.

—Exactamente. Además, si la inquina les dura, no podrían patear muchos. —¿Por qué?

—No son futbolistas. Son tipos gordos, corpulentos. Es mayor la tentación si los ven en los estantes. ¡Y en los estantes otra vez! Eso sería demasiado. No podrían resistir.

—No podrían, crees tú.

—No, no resistirían. Hay tipos que ven libros en los estantes y sufren, sufren por no poder derribarlos. Generalmente no pueden. Pero éstos ahora pueden; en donde se meten pueden derribar los libros. En cambio, viéndolos así en el suelo . . .

—Te entiendo. Pero tú dices «si vuelven a entrar» como si fuera . . .

—Es probable. Mi situación está bastante mala. Por eso me atrasé. Dos amigos querían verme. Me aconsejaron que no volviera a la universidad.

—¿Algo nuevo?

—Sé que hubo una denuncia pero no sé de qué se trata. Es peligroso andar con muchas preguntas. Tampoco se sabe a quién uno debe dirigirse. Uno no sabe pero tampoco sabe quien sabe. Averiguar es casi imposible, y nadie se atreve porque puede perjudicar más su situación. Quienes probablemente sepan no se atreven a hablar contigo porque estás en la mala . . . No debo volver, eso es todo. Asi se explica esto . . . y los llamados por teléfono, ¿recuerdas?

—Entonces aquí podrían llegar esta noche. Imagínate, un auto se para al frente y . . .

—No te imagines nada, mejor, Susana . . . Estoy oliendo ese olor que decías.

—Y te advierto que la ventana del baño quedó medio abierta. —Deben haber sido tres por lo menos los que entraron. —Esa no es razón para que no se vaya.

—Tú no has estado en un camarín deportivo. Aunque lo laves con manguera después el olor queda.

—Pero este viene en olas. Es un olor vivo, como si algo se estuviera pudriendo constantemente. Fíjate que siento que un gigantesco mal aliento está cayendo sobre esta casa.

—Olor a hombres no más, Susana, hombres muy machos. Cerveza, tabaco, sudor, sebo, ropa pasada, poco baño, pie de atleta, qué sé yo cuántos aromas.

—Se me ocurre que es el aliento del Diablo. —

Tendríamos que traer a un exorcista.

—Si nos fuéramos a quedar en esta casa quizás, pero no te rías de mí . . .

Basilio fue a revisar la casa en detalle. Valiéndose de una linterna, anduvo de un lado a otro abriendo armarios, gabinetes, alumbrando rincones, sin hallar nada que justificara el fenómeno. Luego ambos se resignaron a tal pestilencia. Cuidadosamente ubicaron en el piso los libros recién recogidos. En lo más alto de la puerta de calle Basilio atornilló el pestillo que había reemplazado en la puerta de la cocina días atrás. Después, los dos empujaron el sofá, arrimándolo contra la puerta de calle. Pusieron en la cama un maletín que llenaron con lo más necesario y dos libros. Basilio dispuso el reloj despertador. Apagada la última luz, la del escritorio, no hubo oscuridad sino penumbra, el descolorido uniforme y vago. Ahí ellos se movían con sigilo. Tenues, como si fuesen intrusos confabulados, adivinaban fluidamente objetos, obstáculos y las acciones del otro.

Terminados los preparativos, se sentaron a la mesa de la cocina. Bebieron lo que les quedaba de una botella de vino. Estaban cogidos de una mano, brillándoles los ojos por esta solemnidad íntima que se concedían. Sus voces sonaban bajas, casi idénticas.

—No hemos juntado cosas de mucho valor.

—Alguien va a cuidar la casa, Susana.

—Sí, pero debemos prepararnos, pensar que no veremos más esto quizás.

—Cuidado, Susana.

—Algunos regalos tuyos . . . Mejor no pensar.

—El vino nos pone sentimentales y . . .

—No temas . . . Sin sentimentalidad ninguna, por razones muy prácticas, Basilio, quiero que hagamos el propósito de no separarnos para nada mientras dure esto.

—No necesitas decirlo.

—Es para que tú y yo tengamos algo . . . Haremos todo juntos y así sabremos. Mañana, apenas tenga un teléfono a mano, llamaré a la oficina para excusarme y . . .

—Conforme, Susana.

—¿Irás a tener hambre?

—No creo.

—Debía lavar los platos, pero . . .

—Sería como peinarse para que después lo lleven a uno a la sala de operaciones, o algo así.

—A mi me preocupa de que vayan a ver esto así. Escrúpulos tontos si quieres. Tú me conoces: nunca salgo con ropa interior en mal estado, por si tengo un accidente y me ven las tirillas en el hospital.

—A mi me da lo mismo si muero con los calzoncillos rotos u hoyos en los calcetines.

—Si una muere no importa, pero si sobrevive . . .

—Es una tontería hablar de esto. Se me pegó en la nariz el maldito olor.

—Es como un maleficio. Así como mal de ojo, mal de olor.

Escucharon un motor suave de automóvil. Lo oyeron aproximándose por la calle lentamente. Esperaron quietos, cogidos de la mano. Con disimulo, como si el motor tuviese sordina, el automóvil vino a detenerse ante la casa. Se quedó ahí con el motor andando. Basilio apretó la mano de Susana en contra de la mesa para indicarle que no hiciera ningún movimiento. Quienes estaban en el automóvil aguardaban o tenían indecisión. Susana y Basilio sólo oían el motor, su ligero vibrar. Cierta luz fuerte encendió las cortinas de las ventanas del frente; rayos delgados se colaron por los intersticios: era un reflector o un buscacaminos potentísimo. Parecía explorar la fachada de la casa, deteniéndose a veces para fijarse en algún punto. Minutos después, el automóvil evolucionó a fin de alumbrar la casa también con sus focos. El reflector continuó su exploración. Avanzó el automóvil en la entrada de la acera. Se paró el motor; se apagaron sus luces. Susana y Basilio no lo veían pero suponían bien donde se hallaba. Pendientes sus oídos del inminente ruido de puertas, acechaban sobrecogidos. Demoraba, el siguiente ruido demoraba. El motor sonó otra vez. Volvieron a encenderse los focos del automóvil. Ahora eran sus luces bajas. Retrocedía. «¡Parece que se va!» «Chit»; lo oyeron alejarse lentamente.

Las manos de uno en las del otro, ambos se mantuvieron inmóviles. Así estuvieron, pegados a sus asientos, hasta que en la distancia se perdió el sonido del automóvil. Luego, con un ruidillo de desahogo, suspiraron hondo. Sentían pasajero bienestar, laxitud y, de inmediato, un enorme cansancio.

Susana fue la primera en ir a tenderse en la cama. Basilio siguió su ejemplo. Anhelaban la tranquilidad imposible, lo opuesto a esa apatía y agotamiento provenientes de la exasperación. Qué extraño les resultaba pensar en la gozosa despreocupación y ternura que habín vivido en esa cama hacía tan poco. Sin cambiar de postura, Susana se desprendió de los zapatos; Basilio recogió sus piernas para desamarrar los suyos.

—Deberíamos desvestirnos para dormir algo que sea.

—No, Basilio, nadie se desviste en una casa así.

—¿Una casa así? ¿Qué quieres decir?

—En una casa con un hechizo.

—¿Hechizo?

—Una maldición o un hechizo, un hechizo hediondo. Si hasta me parece que el olor aumenta.

—No creo, Susana. Tú te figuras . . .

—No sé si podré dormir, Basilio. Imagínate que mientras estamos dormidos este olor aumente y aumente . . . —Susana.

—Porque los olores aumentan o disminuyen, y éste no disminuye. Imagínate que . . .

—Por favor, no te imagines nada, mejor, Susana.